

“Aquella mañana no me sentía muy bien y fui con mi madre a Urgencias”. Esas eran las palabras que Julia (una adolescente), escribía en su diario.

Desde hace ya un tiempo se dejó influenciar negativamente, fumaba, bebía y se dedicaba a comer lo que quería para luego después vomitarlo. No era consciente del daño que me estaba haciendo, cada vez, me iba debilitando más y perdía la luz, esa luz que nos guía por el camino adecuado. Pero ella continuaba con sus malos hábitos, a pesar de que su madre y la doctora le avisaron del peligro.

Los días pasaban, al igual que la chica, que pasaba olímpicamente del tema y hacía cuanto quería. No me quedaba demasiado tiempo, era como si una espina se me habría clavado y no podía hacer nada para evitarlo. Muchos días, Julia sufría, se mareaba y tenía fuertes dolores, casi insoportables. Yo, me iba contrayendo, despacio, se me acababan las pilas como a un juguete.

El cansancio llegaba acompañado por mal humor, todo junto, se hacía insoportable. La vida se convertía en una horrible pesadilla cada vez mayor mientras la joven no se percataba del daño.

Un día, la chica no despertó al sonar la alarma. Su cuerpo se volvió frágil y palideció al instante. Julia se encontraba inconsciente y mi hora había llegado. Una luz potente iluminando un camino fue la última visión de aquella chica. Siento no haberme presentado, soy el corazón de Julia y os cuento esta terrible historia para que os fijéis en la realidad. ***Los humanos nos dañamos a nosotros mismos y para ello utilizamos nuestros malos hábitos de cuchillo.***